

PETER PAN-9: EL NIÑO DE LAS ÓRBITAS FRÍAS

Categoría:Adultos

Seudónimo:Jose PardaI

En los archivos más antiguos de la estación orbital Nunca-Jamás IX existía un expediente que nunca cambiaba. Los sistemas se actualizaban, los comandantes se sucedían unos a otros, los mapas estelares se corregían, pero aquel registro permanecía intacto, como una piedra en medio de un río.

Decía Peter Pan-9. La edad biológica, doce años. La real no aparecía. Algunos técnicos pensaban que era un error. Otros, los que llevaban demasiado tiempo, sabían que era prudente no preguntar. En el espacio profundo, ciertos misterios mantenían el equilibrio; tocarlos podía romper algo irreparable.

La estación giraba sobre un planeta congelado de hielo azul. Desde la cúpula, parecía un mundo dormido bajo tormentas de luz eléctrica. Los relámpagos recorrían la atmósfera como antiguas runas escritas por dioses desaparecidos. Peter lo observaba todos los días, siempre a la misma hora, siempre en silencio. Caminaba descalzo por los corredores metálicos. Su rostro conservaba la claridad de la infancia, pero sus ojos tenían la paciencia de los bosques del norte, capaces de soportar inviernos interminables sin prisa, sin miedo, sin esperanza.

Los niños lo llamaban Peter. Los adultos, el experimento. Él no pertenecía a ninguno de los dos mundos. Cuando Wendy llegó desde la colonia lunar, notó de inmediato algo distinto. Se sentó junto a él frente al cristal de observación y esperó. Pasaron minutos antes de que Peter respondiera que sí, era cierto que nunca envejecía, y que al principio dolía, pero que uno aprendía a mirar la vida como miran las montañas: sin esperar que nada permanezca.

El proyecto que lo había creado pertenecía a otra era. Los científicos habían intentado eliminar el desgaste del tiempo. Miles de intentos habían fracasado. Peter fue el único equilibrio. Perfecto. Demasiado perfecto. Cuando las guerras económicas fragmentaron los gobiernos, los laboratorios fueron abandonados. Peter permaneció, como faros cuando los puertos desaparecen.

Con los años, empezó a encontrar niños perdidos en las rutas comerciales: huérfanos de accidentes, sobrevivientes de estaciones colapsadas. Nunca les prometía nada. Solo les ofrecía un lugar donde el miedo no existiera. La infancia en Nunca-Jamás IX no era ruidosa ni ingenua; era de supervivientes. Aprendían a reparar sistemas antes que a jugar, a cartografiar antes que a cantar. Algunas noches Peter activaba antiguos simuladores ecológicos, y los pasillos se convertían en bosques de abedules blancos, nieve cayendo en silencio, lagos negros como espejos nocturnos. Allí parecía menos solo. Decía que el frío conservaba las cosas: los huesos, las semillas, los recuerdos.

El ataque llegó sin aviso. Una nave de Cronos Biotech apareció en los sensores. Querían su ADN. Peter no luchó con furia, sino con comprensión. Movié la estación como una extensión de su cuerpo, aislando sectores, desviando accesos. El comandante Hook, mitad hombre, mitad máquina, intentó convencerlo de que gobernara siglos, que se convirtiera en algo superior. Peter lo escuchó sin interés y respondió que incluso los dioses terminan convirtiéndose en ruinas, solo que más lentamente. La batalla terminó como terminan las tormentas de nieve: sin ceremonia, sin gloria.

Después volvió el silencio. Wendy encontró a Peter frente al cristal. Podría irse, dijo ella, nadie lo detendría. Peter respondió que alguien debía quedarse, como quien acepta la ley natural, como quien acepta el invierno. Wendy le tomó la mano, y en la memoria biológica de Peter apareció algo nuevo: no era envejecimiento ni deterioro. Era variación, como la primera gota de agua que aparece bajo un glaciar después de siglos de hielo. Por primera vez su eternidad no parecía completamente inmóvil.

Mientras la estación orbitaba el planeta congelado, el niño diseñado para no cambiar comenzó a experimentar algo que ningún laboratorio había previsto. No era el paso del tiempo, era la posibilidad de transformarse sin dejar de ser quien era. En medio del silencio infinito, Peter Pan, el niño que nunca envejecía, empezó lentamente a

aprender el único misterio que la ciencia jamás había descifrado: cómo crecer sin dejar de creer.